

vuestro afán, vuestras riquezas. Os dice Jesucristo que para que seáis verdaderos discípulos suyos es menester que renunciéis todos los bienes perecederos; pero en premio de esta renuncia os promete una felicidad eterna, cuya esperanza es capaz de animaros á dar una repulsa magnánima á cuanto la tierra sepa ofrecer. Mejor es un día de habitar en los atrios del Señor, que mil á fuera ¹. Un solo momento de la bienaventuranza que allí os espera, no digo en lo íntimo del santuario, sino en los umbrales, os dará mas que cuanto han gozado todos los monarcas terrenos desde el principio del mundo hasta el fin. ¡Felices vosotros si os toca suerte tan dichosa, como veros admitidos á la posesion de tanta gloria en el cielo! ¡Qué cosas no contribuirán allí á vuestro contento! La vista de tanto cielo, el dominio de tanto mundo, la compañía de tantos héroes, la variedad de tantas delicias, y el ornamento de tantas dotes serán otros tantos manantiales que inundarán vuestro corazón con copiosas avenidas de dulzuras. ¿Y qué diré de la vision clara de Dios? ¿Qué será al ver aquel piélago de esplendores, aquel Ser simplicísimo, infinitamente perfecto, que da el ser á todas las criaturas, y contiene por eminencia y sin imperfeccion cuanta perfeccion y belleza se halla en ellas? ¿Qué deliquios de amor, qué llamaradas de caridad, qué avenidas de gozo no sentirá vuestro corazón en aquella primera vista? ¿Y qué felicidad es tambien ahora el ver ² que llegará el tiempo en que, desvanecida la nube de nuestra mortalidad, amanecerá el día de la dichosa eternidad, de tanta gloria, *ad quam*, etc.?

¹ Psalm. LXXXIII, 11. — ² *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* (Psalm. CXXI).

ESQUELETO DEL SERMON

DE

SAN INDALECIO, MÁRTIR.

Adauge nobis fidem. (Luc. XVII, 5).
Aumentanos la fe.

1. La felicidad del hombre no consiste en los bienes de este mundo... Salomon... Palabras del apóstol san Pablo... No: no es en la tierra, sino en el cielo donde... Esta ciencia de la salvacion la enseñó á los españoles san Indalecio...
2. Sí: san Indalecio nos trajo aquella fe viva que...: aquella fe sin la cual...: aquella fe... ¡Qué acontecimiento este tan fecundo en dichosas consecuencias!... Á él debemos la dignidad de... Idea de este discurso...
3. *Invocacion*: Reina y Señora de...

Reflexion única: Por san Indalecio somos cristianos los españoles; y de consiguiente dichosos y felices en esta vida y en la eterna.

4. Por mas que el mundo y sus parciales se crean dichosos..., la verdad no dejará de ser verdad, ni la mentira mentira... Por mas que los mundanos..., la muerte se avanza para hacernos entender que... Bienaventuranzas...
5. Haciéndonos cristianos Indalecio nos elevó á una dignidad ante la cual nada valen las glorias de la tierra... Cambises, Alejandro, Césares y Pompeyos... *Hæc est vita æterna, ut*, etc. Esta doctrina, única verdadera, nos enseñó nuestro Santo... Comprended despues de esto la dicha de un cristiano, y el valor y mérito del varon apostólico que...
6. Inmensas ventajas y tesoros que nos procura la fe... *Oculus non vidit*, dice el Apóstol, *nec*, etc. Delicias y bienaventuranza del cielo... Gran Dios: ¡qué cosa tan dulce es...! Esto es lo que ahora piensa san Indalecio... Y ¿será posible que pudiendo nosotros...? Vuestra gracia imploramos, Dios mio,...
7. Caminemos sin detenernos hácia el cielo... Lo que debemos hacer para lograrlo... Así nos lo predicó san Indalecio...

8. Preguntad á los cristianos de Almería, de Lorca, de..., y ellos os enterarán de... Allí es donde Indalecio... Allí... Indalecio, como buen pastor, dió la vida por sus ovejas, bajo el cruel Neron... Murió nuestro Santo con la muerte de los Apóstoles, pero... Indalecio hizo en favor nuestro cuanto pudo hacer un varon apostólico... Gratitud que le debemos...

9. San Indalecio nos ha mostrado el camino de la felicidad... Solo falta que seamos fieles á... Lo que debemos tener presente para... Echemos, como él, una ojeada hácia el cielo... Entremos en la senda de la felicidad... Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser...

SERMON

DE

SAN INDALECIO, MÁRTIR.

Adauge nobis fidem. (Luc. xvii, 5).
Auméntanos la fe.

1. Mas de seis mil años hace que los hombres andan buscando su felicidad entre las riquezas, honras, alegrías y diversiones de este mundo; pero ¿cómo la han de encontrar en esas cosas, si todas ellas reunidas no pueden llenar el corazon humano? Baste el ejemplo de Salomon para nuestro desengaño. Este Rey poderoso no negó gusto alguno á sus sentidos: sin embargo, cuando colmado de bienes, de honras, de aplausos y deleites estaba como anegado en un golfo de delicias, se vió precisado á confesar que todo cuanto habia hallado en la tierra no era mas que vanidad y afliccion de espíritu. El mismo Apóstol nos dice, para que no nos dejemos deslumbrar de la falsa brillantez con que nos ilusiona el mundo: *¿Qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de que ahora os avergonzais? Todo lo que se coge del pecado, que es la muerte eterna. Mas ahora que estais libres de la culpa y habeis sido hechos siervos de Dios, tenéis por recompensa de esta dichosa esclavitud la santificacion, y por fin, la vida eterna*¹. Es, pues, un error el seguir afanados tras las cosas terrenas y carnales, como si en ellas pudiéramos encontrar la dicha que anhela nuestro corazon. No: no es en la tierra; es en el cielo en donde se halla la felicidad que puede satisfacernos. El que la quiera conseguir, mire á lo alto, dice san Pablo; de otro modo, siempre será cierto que el que siembra en corrupcion, en corrupcion cogerá. Sembremos en la inmortalidad, para que la inmortalidad dichosa y feliz sea nuestra cosecha, y demos por felizmente concluido el negocio de nuestra felicidad. En esto consiste la ciencia de la salvacion que enseñó á los españoles el glorioso san Indalecio, escogido en los decretos eternos para hacer feliz á la nacion católica con las doctrinas de la Cruz que predicó á nuestros progenitores.

¹ Rom. vi, 21, 22.

2. Sí, hermanos míos: san Indalecio fue uno de los varones apostólicos que vino á España con poderes del cielo para hacernos racionales, virtuosos y santos en esta vida, y conducirnos á la gloria. Este Santo nos trajo aquella fe viva que nos une con Jesucristo; aquella fe, sin la que nuestras almas son como los sarmientos separados de la vid, que solo sirven para el fuego; aquella fe, que venció al mundo disipando sus errores, desterrando sus vicios y corrigiendo sus costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes y tan eficaz en milagros; aquella fe que dió á la Iglesia cerca de veinte millones de mártires, que pobló los desiertos de penitentes solitarios, que produce infinita multitud de vírgenes, y llena de bienes á los mortales que la reciben en las aguas saludables del Bautismo. San Indalecio fue del número de aquellos enviados del Señor que entraron en nuestra nacion venturosa diciéndonos á nuestros padres: Vuestra felicidad consiste en vivir como buenos cristianos, segun las máximas y doctrinas del Evangelio que os predicamos: en amar y servir á Dios en esta vida para poseerlo y gozarlo eternamente en la gloria. ¡Qué acontecimiento este tan prodigioso y tan fecundo en dichosas consecuencias! Á él debemos la dignidad incomprendible de ser hijos de Dios, herederos de su reino y hermanos de Jesucristo. Por san Indalecio somos cristianos; es decir, *nobles; dichosos y felices*, como los que decian á Jesús: Señor, aumentanos la fe: *Adauge nobis fidem*. Así os lo haré ver en este breve rato.

3. Reina y Señora de todo lo criado: á que la semilla sembrada en nuestro campo por san Indalecio rinda copiosos frutos al gran Padre de familias se dirige todo lo que voy á predicar á mis oyentes. Vos fuisteis la Maestra y Doctora del Santo que arrebató nuestra devocion en este dia, y debe seros grata su alabanza. Con ella está enlazada la de nuestra santa y adorable Religion á que jamás negais vuestra proteccion omnipotente. Nosotros os la pedimos diciéndonos alegres y festivos que sois la dichosa criatura á quien dijo el Ángel del Señor: *Ave María*.

Reflexion única: Por san Indalecio somos cristianos los españoles; y de consiguiente dichosos y felices en esta vida y en la eterna.

4. Que haga el mundo pomposa ostentacion de sus leyes, de sus máximas, de sus prácticas, usos y costumbres; que las precocenen con artificiosa elocuencia sus parciales; que viertan himnos

de placer y salten de gozo los que se creen felices entre las inmundicias de un cinismo degradante; que griten, en fin, y nos atruenen con sus voces tormentosas los que se escandalizan de la cruz y huyen de las mortificaciones y penitencias que inspira, que por eso la verdad no deja de ser verdad, ni la mentira deja de ser mentira. Por mas que los mundanos apelen á sus engañosas exterioridades, á sus afectadas simulaciones, á sus risueños encuentros y á sus aparentes alegrías; porque ridiculicen y hagan chacota de los que con espíritu de devocion y retiro se ocupan en pedir gracias al cielo macerando su carne y reduciendo su cuerpo á servidumbre; porque los hijos del siglo se alegren, se diviertan y se rian, y los fieles lloren y se entristezcan; ¿no será eternamente cierto que en el mundo todo es postizo, falso y aparente; que sus mismos panegiristas lo condenan en su corazon, y que no hay quien no conozca que en la hora de la muerte todo huye, todo se apaga, todo desaparece y todo se evapora, dejando no obstante escrita la sentencia de condenacion en las almas de los insensatos que tuvieron por cierto y verdadero lo que no lo era? Ciertó, ciertísimo, aun mas que el que estamos nosotros en esta iglesia, lo es, el que la muerte viene avanzando hácia nosotros con la órden de hacernos entender que solo son felices los que creen, esperan y aman á Dios, segun las máximas y doctrinas del Evangelio. Entonces los mundanos confesarán que se engañaron en su eleccion, rabiarán y se desesperarán; pero los cristianos verdaderos oirán llenos de un gozo celestial los ecos de estas verdades eternas: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: bienaventurados los humildes, que por ellos serán ensalzados: bienaventurados los que vivieron una vida pura, mortificada, olvidados y despreciados del mundo, porque serán colmados de bienes eternos, y el mismo Dios será su recompensa. ¡Qué infierno para los unos, y qué gloria para los otros! ¡Qué desdicha y qué felicidad!

5. Á librarnos de la primera, y á facilitarnos la segunda se dirigió el celo apostólico con que san Indalecio predicó en nuestro reino la santa y adorable religion que profesamos los españoles. Él, haciéndonos cristianos, nos elevó á una dignidad ante la que nada valen los títulos de nobleza, los nombres augustos, los dictados honoríficos y todas las glorias de la tierra. Porque, hermanos míos, al que, no siendo cristiano, se muere y se condena, ¿de qué le sirven el nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honorosas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos lus-

trosos y las demás apreciabilidades de los mundanos? ¿Qué ha sido de los famosos Cambises, Alejandro, Césares y Pompeyos? Revolved sus cenizas, buscad entre ellas alguna distincion... Pero no la encontraréis, porque no la hay mas que entre los que murieron en el Señor; en los justos cuya memoria corre en bendicion por toda la carrera de los siglos; en aquellos cuyas buenas obras les siguen hasta mas allá de la tumba, como lo dice el ángel de Patmos. Los que no tienen la dicha de morir como buenos cristianos, segun las enseñanzas del glorioso san Indalecio, desaparecerán con ignominia de la vista de los hombres; será execrable su memoria; se borrarán sus nombres del libro de la vida, y no se escribirán con los de los justos, aunque hayan sido los príncipes mas poderosos del mundo, los hombres mas afortunados de la tierra. Solo el nombre de cristiano es el que da honor y gloria en esta y en la otra vida. Así lo asegura nuestro divino Redentor cuando dice: *Esta es la vida eterna: que te conozcan á tí solo, Dios verdadero, Padre mio, y á Jesucristo á quien enviaste*¹. Ved aquí la fe de los cristianos, su religion, su dicha y felicidad. Conocer, amar y servir al Dios verdadero, y á su Hijo Jesucristo en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, segun el Apóstol, esta es la dicha de los hombres formados en la escuela del Evangelio que anunció san Indalecio á los españoles: ella es la que puede abrirnos la puerta de la felicidad que desea nuestro corazon, y ofrece Jesucristo á los que lo aman cumpliendo con los preceptos de su ley santa. Si los Ángeles os predicasen otra cosa, no deberíais creerlos, dice san Pablo. Nosotros por el Bautismo gozamos de la preciosa libertad de hijos de Dios; adquirimos derecho á la herencia eterna, somos el pueblo de Dios, hermanos de Jesucristo, con quien formamos el cuerpo místico de la Iglesia, de quien él es la cabeza y nosotros los miembros. Comprended despues de esto, si os es posible, la dicha de un cristiano, el valor y mérito del varon apostólico que Dios envió á nuestra venturosa España para hacernos cristianos, y enseñarnos la senda recta que conduce al cielo. Dejaos conducir por un sano juicio, por una razon ilustrada con las luces de la fe, por los instintos de un sentido religioso, y veréis las ventajas que trae al hombre el augusto título de cristiano.

6. Representaos los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo; el inmenso precio y valor de los santos Sacramentos; el poder y eficacia de la gracia; la inestimable

¹ Joan. xvii, 3.

utilidad de la comunjon de los Santos; la excelencia de nuestra santa y adorable Religion, y la felicidad eterna á que nos conducen, y advertid que por el solo hecho de ser cristianos adquirimos derecho á todos estos tesoros, nos enriquecemos con todos estos bienes, somos arrastrados suave y dulcemente por el camino de las virtudes hácia la mansion de la felicidad eterna en que son tan inmensos, tan supereminentes y magníficos los bienes que Dios tiene preparados para sus escogidos, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazon del hombre puede caber la comprension de su excelencia, como lo dice el Apóstol. ¡Ah! el buen cristiano vive de la fe, y esta le hace ver á Jesucristo prometiéndole magníficas recompensas á los que le sirven. Ciento por uno en esta vida; muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada y eterna en la otra. Aun no basta esto para concebir la dicha que los cristianos tendrán en la gloria. No hay cosas en el mundo que puedan hacernos comprender los bienes de que gozan los Santos en el cielo; pero abundan las que nos hacen conocer los males de que están exentos. Dolores, tristezas, enfermedades, miedo, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está desterrado de aquella feliz mansion del gozo eterno. Reina en la celestial Jerusalem una alegría pura, completa é inalterable: allí el corazon está lleno, el alma satisfecha. En el cielo están los cristianos inundados en un océano de delicias. No son solamente todos los bienes juntos, es la misma fuente de todos ellos, es la posesion del mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad que aun mirada á lo léjos sorprende, asombra, admira y hace felices á los justos que la contemplan. Las almas de los cristianos bienaventurados entran, se engolfan, se sumergen, se anegan y se pierden, por decirlo así, en la alegría del Señor, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios. ¡Oh Dios de san Indalecio! Si un consuelo interior ó un favor vuestro causa dulzuras tan inefables aun en esta region de lágrimas; si la sola sombra de vuestra gloria quita la amargura á los mayores trabajos, hace ligeras las mas pesadas cruces, y es causa de que los santos Mártires sientan verdadero gusto y placer en medio de los mas crueles tormentos, ¿qué será en el cielo, en donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer felices á los cristianos que lo amaron y sirvieron en esta vida? Aquella vista clara, distinta é íntima de un Dios padre, de un Dios amigo, de un Dios hermano y compañero... Aquella seguridad de ser eternamente felices... Gran Dios, ¡qué cosa tan dulce es poseeros sin temor de perderos jamás! ¡Qué re-

cuerto este tan suave! ¡qué pensamiento tan delicioso! Tengo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha: estoy lleno de gozo puro y perfecto, y este gozo jamás ha de tener fin: yo me he salvado, soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto, hermanos míos, esto es lo que ahora piensa san Indalecio con aquel infinito número de Santos que dió al cielo la santa y adorable religion que predicó á los españoles. ¿Y será posible que pudiendo decir nosotros todo esto, que pudiendo gustarlo y poseerlo no hagamos en el mundo todo lo que nos enseñó este Maestro de la doctrina cristiana para acompañarlo en los torrentes de gloria en que se ve ahora deliciosamente engolfado? Dios mio, vuestra gracia imploramos, vuestra gracia, divino Jesús, porque con ella, desde este momento vamos á principiar á quitar estorbos, á crucificar nuestras pasiones, á emprender una vida cristiana, á no pensar, querer, ni amar mas que á Jesucristo crucificado.

7. Sí, hermanos míos, demos crédito al Evangelio de Jesús predicado en nuestra España por san Indalecio, y caminemos sin detenernos hácia el cielo. Allí está nuestra felicidad, allí nuestra dicha, allí la posesion de nuestro Dios. ¿Qué es lo que se nos pide para conseguir bienes tan inmensos? Nada mas que dos momentos de mortificacion y penitencia; una vida ligera, como un abrir y cerrar de ojos, pasada en la virtud, entretenida en amar á Dios y al prójimo, y ocupada en pensar en aquella dichosa eternidad que hace dulce aquí en la tierra hasta la misma amargura, que disipa los enfados, calma las inquietudes y tranquiliza el corazon mas agitado. Se nos pide que seamos felices con la virtud en la tierra, para que lo seamos eternamente en el cielo con la gloria. Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos: hacer bien á todo el mundo, y mal á nadie: vivir pia, justa y sóbriamente, como lo encarga el Apóstol, y poner la vista en la felicidad eterna que nos ha prometido nuestro benigno Salvador, ¿no son las cosas mas conformes á la razon y buen sentido de los hombres cuerdos, sensatos y juiciosos? Pues en ellas consiste toda la religion que trajo Jesucristo del cielo para hacernos dichosos con su gracia en esta vida, y eternamente felices con la posesion del Bien sumo en la mansion de los gozos éternos. Así nos lo ha predicado san Indalecio, á quien se deben en nuestra nacion las primeras nociones del Cristianismo que abrazaron nuestros padres con resuelto propósito de transmitirlo á sus hijos, por saber que con él nos ve-

nian juntamente todos los bienes; por haber vivido y muerto convencidos de que siendo cristianos somos tan nobles, dichosos y felices como los que, para no dejar de serlo, suplicaban y decian á Jesús: Señor, aumentanos la fe: *Adauge nobis fidem.*

8. Preguntad á los cristianos de Almería, de Lorca, de Cartagena y pueblos de la antigua Bética ó Andalucía, depositarios de la tradicion mas autorizada, y ellos os enterarán de los frutos que aquellos terrenos rindieron al Labrador divino despues que san Indalecio sembró en ellos la semilla del Evangelio. Ellos os dirán lo que este celoso operario del gran Padre de familias hizo para desengañar á los infieles de los errores de la idolatría, para convencerlos de la sabiduría de la Cruz, aficionarlos á Jesús crucificado, y demostrarles que en él y por él podian asegurar la felicidad que todos deseaban, y nadie habia podido encontrar. Allí es donde principalmente manifestó el infatigable y siempre activo san Indalecio la caridad acendrada en que ardia su corazon, la excelencia y grandeza de un primer obispo adornado de todas las gracias y dones que derramó el Espíritu Santo en las almas de aquellos varones apostólicos, á quienes se encargó la conquista de todo el mundo con las armas de la Cruz, con la sublime sencillez del Evangelio, con las virtudes propias de un buen cristiano destinado para ser eternamente ciudadano de la corte celestial. Allí, suministrando á los convertidos los auxilios necesarios para perseverar en la gracia recibida, y conservar el sagrado depósito de la fe que habia predicado; enseñando el modo de celebrar los oficios y divinos sacrificios para tributar á Dios un culto digno y agradable á la divinidad, y dedicándose total y exclusivamente en elevar á los españoles á la altísima é incomprendible dignidad de verdaderos cristianos, fue en donde san Indalecio demostró su origen y procedencia del colegio apostólico, su virtud y mérito de un enviado del Señor, el grande espíritu de los que revestidos con la virtud del Altísimo admiraron al mundo con sus perfecciones evangélicas, y el poder de obrar milagros estupendos. En fin, habiendo dicho Jesús que el modo mas demostrativo de manifestar lo que se ama á los amigos es el de dar la vida por ellos, y decretado que la sangre de los Mártires fuese un semillero fecundísimo de cristianos, permitió que el cruel Nerón se manifestase tan hostil á los hijos de la Iglesia, que puso en ejercicio todo el poder del imperio romano y del infierno para eliminar de la tierra el nombre de cristiano, y acabar con los adoradores de Jesús en toda la tierra. Los paganos, pues, ofendidos de

las muchas conquistas que hacia san Indalecio para Jesucristo, se apoderaron de su persona, lo atormentaron cruelísimamente, derramaron á torrentes su preciosa sangre, y ella está todavía produciendo virtudes cristianas, haciendo dichosos y felices á los españoles, dando al cielo almas dichosísimas ocupadas en alabar, bendecir y glorificar al que las potestades angélicas saludan con el nombre misterioso de tres veces santo. Murió san Indalecio con la muerte de los Apóstoles; pero dejando asegurados á los cristianos entre las influencias prodigiosas de su sangre, y las que desde el cielo descienden sobre los fieles que peregrinan en la tierra. Él mientras vivió no perdonó trabajo, fatiga ni incomodidad, por penosa que ella fuese, por anunciarnos el reino de los cielos, y revestirnos con la dignidad de hijos de Dios haciéndonos cristianos: dió generosamente su vida por Jesucristo por corresponder á la gracia de Dios, y enseñarnos con el ejemplo el camino que conduce á la felicidad eterna, desde donde nos llama, deseoso de que seamos tan dichosos y felices como él lo es en el inmenso océano de delicias en que lo tiene la bondad del Dios á quien sirvió. Hizo en favor nuestro todo lo que pudo hacer un varon apostólico dedicado á cumplir con la santísima voluntad de Dios, y, ó somos los mas ingratos del mundo y los mas enemigos de nuestras almas, ó debemos mostrarnos agradecidos á este glorioso Santo siendo accesibles á las doctrinas que nos predicó mientras vivió, que sigue predicando con su sangre derramada en nuestro suelo fecundizado con su virtud, y con las inspiraciones con que desde el cielo pulsa, llama, grita y vocea á nuestras almas para que jamás dejemos de ser cristianos, para que en nuestros conflictos, apuros y necesidades recurramos á Jesús, y le digamos como los Apóstoles: Señor, aumentanos la fe: *Adauge nobis fidem.*

9. No tenemos ya que afanarnos por buscar la felicidad en donde no se halla. San Indalecio nos ha mostrado el lugar en donde se encuentra, nos ha señalado el camino por donde podemos llegar con facilidad á ella: ha puesto en nuestras manos todo el poder del cielo haciéndonos cristianos, y con este glorioso título ya somos en la tierra la *gente santa*, el *real sacerdocio*, y el *pueblo de adquisicion* de que habla el Príncipe de los Apóstoles. Solo falta que seamos fieles á la gracia de Jesucristo, huyendo del mundo, del demonio y de la carne, y viviendo con la vida de los justos; con la fe viva siempre victoriosa y triunfante, como se demuestra con la experiencia de sesenta siglos, y muy especialmente con las de los diez y nueve

últimos en que triunfa, reina é impera la cruz de nuestro Redentor y Glorificador. Para hacerlo así, tengamos presente que no tenemos en este mundo mansion que sea estable; que debemos aspirar á la eterna y permanente de la corte celestial á que son llamados todos los cristianos; que en este valle de lágrimas todo es vanidad y alliccion de espíritu; que toda la grandeza del hombre está reducida á temer á Dios y á observar sus mandamientos, como lo dice el Sábio; á ser, en una palabra, buenos cristianos, como con tanto celo y caridad nos lo enseñó el glorioso san Indalecio, feliz, dichoso y bienaventurado por haber servido á Dios cumpliendo con su ley santa. Echemos, como él, una ojeada hácia el cielo, y si tenemos fe, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso, y de aquella gloria brillantísima, nos animará, nos fortalecerá, nos hará invencibles á los enemigos interiores y exteriores de nuestras almas, y todo cederá á la virtud de la Cruz impresa en los corazones cristianos. Esta es la via, el camino y la senda de la felicidad eterna. Entremos en ella; sigámosla sin ladearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el cielo, y marchemos á él como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalem de la gloria. Amen.